

jimos; por eso es difícil haber vivido a su lado un solo día sin recibir alguna prueba de la grandeza de su corazón.

La graciosa simpatía de su alma se revelaba entre los estudiantes de este Internado de la Divina Infantita, en donde, tras no pocos ruegos y artificios, conseguimos que viviese con nosotros—no quiero comer sin trabajar—nos decía, —y aquí en nada ayudo.—

La sencillez de su alma gigante donde mejor se retrataba era, cuando se le veía delante de Jesús Sacramentado, revelando sus setenta y siete años solamente en la limpia blancura de sus caballos, pues, por lo demás, ni tenía arrugas su rostro ni la más ligera corcoba su cuerpo. El oratorio era su habitación particular. Comulgaba todos los días y visitaba al Rey incesantemente; y cuando le preguntaban, si iba a encerrarse con Jesús, a donde caminaba, él, enseñando su libro de Visitas al Santísimo Sacramento, contestaba sonriendo:—Voy a dar mi lección.—

A las dos de la madrugada se despidió de su Maestro, el que a las cuatro había, de recibir el golpe de la muerte, que lo llevó a la presencia de su Amado para siempre jamás.

Dios lo quiso así, El sea bendito.

Sus dos hijos lo amaron con sin igual ternura y conservarán su memoria como la más rica herencia.

*Federica y Francisca.*

En adelante recibirán solamente ESCLAVA Y REINA los Sres. Obispos y Seminarios y las personas que nos sigan manifestando su deseo de recibirla.